



Ocho meses

JUAN GABRIEL JASSO

Cuando finalmente regresó de su viaje, yo la esperaba fielmente sentado en la silla de respaldo alto, una silla ubicada en una sala, en mi departamento, junto al cuarto olvidado.

-Hola.

Yo no contesté, después de aquella espera, hablar habría sido algo difícil.

Tiró su abrigo sobre la mesa de centro a mis pies.

-Estoy muy cansada. Quise dormir durante el trayecto pero nunca he podido conciliar el sueño sentada en un tren.

Yo solo miraba fijamente un florero hábilmente colocado sobre un taburete, las flores estaban secas.

-Tu fría expresión es bastante molesta, parecería que no te importo.

Las maletas se habían quedado junto a la puerta.

-Tengo muchas cosas que contarte, es impresionante lo que se puede vivir en ocho meses, si se quiere. Fue un gran viaje, lástima que no pudieras venir conmigo.

Su voz venía ahora de la cocina. Recordé una lata de atún.

-Te agradezco que me hayas esperado tanto tiempo.

Sí, yo la había esperado.

-¿No hay más que atún?

Ocho meses...

-Tendré que comer solo eso, supongo.

Esperando.

-La comida en el tren era muy mala, tuve que pedir un digestivo para no pasarla en el baño.

Yo miraba el florero.

-No he conocido nada más desagradable que el baño de un tren. ¿Alguna vez has estado en uno? Es horrible.

La silla era muy dura y el respaldo muy alto, como la indiferencia frente al amor.

-¿Te acuerdas de Ana, de Ana L.?

Yo me acordaba.

-Me la encontré allá.

Allá, en otra ciudad, estaba Ana L.

-Platicamos mucho y fuimos a reírnos a un café. Empecé a hablarle de ti, eso le desencajó el rostro, no entiendo por qué.

Yo tampoco quería entenderlo.

Entonces me miró.

-Te vez muy mal, estos ocho meses no te han sentado muy bien que digamos.

Yo no contesté y ella no esperaba que lo hiciera, había dejado de hacerlo desde hace algún tiempo. Un día algo pasó con nosotros, no atino a saber qué. Ella se puso muy mal, lloraba hasta convulsionarse y yo había dejado de hablarle. Cuando me di cuenta, todo lo que yo hacía era quedarme en mi silla y mirar el florero. Ella me gritaba y lloraba de nuevo. Pasado un tiempo se fue tranquilizando y volvió a sus actividades cotidianas casi con alegría mirándome a ratos, a veces largos. Y de repente se fue, yo la había de alguna forma, estaba harta y decidió un viaje. Yo la esperé, mirando el florero, ocho meses.

Tocaron a la puerta, yo no me moví, por un momento ella tampoco, pero seguían tocando, así que se levantó y quitó los cerrojos. La vecina venía acompañada por tres hombres en trajes baratos, uno de ellos era un sargento de policía con una orden en la mano. Los tres hombres entraron dejando a la vecina atrás. Al entrar a la sala, se cubrieron la boca con las manos y uno de ellos se salió, los otros dos me miraban con espanto.

-Va a tener que acompañarnos, señorita. -dijo el sargento sin mucha convicción.

Ella se extrañó pero tomó su abrigo.

-¿Puede acompañarme? -Preguntó señalándome.

-Pero si es un cadáver. -dijo el otro hombre- Debe llevar meses muerto.

Nunca volví a saber de ella. ■